

La Logoterapia de Viktor E. Frankl

①

- (12) *Actas del Primer Congreso Teosofista*, realizado en Buenos Aires del 15 al 17 de 45, pag. 167 y 168.
- (13) *Strangos, Eduardo. Temas de vida*. Edición de Revista de Occidente, Madrid, 1966. La primera edición, en alemán es de 1935.
- (14) *Ibidem*, pag. 486.
- (15) *Jaspers, Karl. Autobiografía filosófica*, op. cit. pag. 16.
- (16) *Sauer, Michele F. La filosofía hoy*, Capítulo V "El existencialismo", Luis Miralles editore, Barcelona, 1966. Tomado de Jaspers, Karl. «La filosofía de la existencia en su desarrollo espiritual» (*Logos* III, 1941).
- (17) *Jaspers, Karl. Autobiografía filosófica*, op. cit. pag. 97.
- (18) *Jaspers, Karl. Psicología de las concepciones del mundo*, Editorial Gredos, Madrid, 1967, Prólogo.
- (19) *Jaspers, Karl. Cifras de la trascendencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pag. 17.
- (20) *Jaspers, Karl*, op. cit., pag. 65.
- (21) *Frankl, Viktor E. La idea psicológica del hombre*, Editorial Rialp, Madrid, 1984, pag. 129-130.
- (22) *Jaspers, Karl. Psicología de las Concepciones del Mundo*, op. cit., pag. 62.
- (23) *Jaspers, Karl. Psicopatología General*, Editorial F.C.E., México, 1963, pag. 346.
- (24) *Jaspers, Karl*, op. cit., pag. 947.
- (25) *Jaspers, Karl*, op. cit., pag. 360.
- (26) *Jaspers, Karl*, op. cit., pag. 473.

1. EXPERIENCIAS TEMPRANAS

Expresamos en reiteradas oportunidades el valor de la propia personalidad de los autores en las teorías que se elaboran en el campo de la psicología —lo que no quiere decir que no tenga importancia en otras ciencias— por lo cual intentaremos este acercamiento al creador de la Logoterapia, agregando que toda personalidad se forma en base a identificaciones, encuentros y desencuentros, acontecimientos, conversaciones, relatos. En el lento devenir de los días se va tejiendo nuestra historicidad. Una vez más recordemos a Ortega y Gasset quien aporta invalorable elementos sobre el tema de la historicidad; también tengamos presente lo expresado por Dilthey en el Capítulo anterior, acerca de la historicidad y la conexión de la vida del hombre. Todo ello ha sido tenido en cuenta en este trabajo con la intencionalidad de acercarnos lo más comprensivamente posible al tema de la personalidad.

Intentaremos captar en este apartado las constantes que dan continuidad a la existencia humana de Frankl. Nuestro Leonardo Castellani (1) dice que no se puede comprender la obra de Kierkegaard si no se conoce su vida, porque sus escritos no fueron realizados con tinta sino con su propia sangre: «Kierkegaard no narró su existencia, sino que escribió con su existencia...». En alguna medida, sucede algo similar en Frankl. Sin entrar en patetismos innecesarios, podemos decir que este autor representa hoy por hoy una existencia intensa y extensa como pocas, con el hilo conductor de una ética que sobrepasa con mucho la medida habitual de nuestros científicos. Retengamos que fue testigo de dos guerras mundiales, de la caída del régimen comunista y de toda la evolución tecnológica, que lo llevó a expresar que «sólo una actitud humanista es lo que puede preservarnos de la inhumanidad de la técnica».

Frankl nace el 26 de marzo de 1905 en la ciudad de Viena, en ese entonces capital del Imperio Austro Húngaro, en el seno de una familia judía, al igual que Freud y Adler. La zona de su casa natal es la misma en la que Adler despliega su trabajo de consulta: en la vecindad del Prater. El clima espiritual vienés estaba marcado por una intensa vida artística y social, junto a un creciente desarrollo científico, que hacían de la ciudad el centro de la cultura europea. Llegó a ser la capital más importante de habla alemana. Actualmente, Viena sigue siendo una ciudad de monumentos y tesoros artísticos, por lo tanto el centro de la ciudad puede considerarse un museo nacional. El genio barroco brilla en todo su esplendor y nos parece estar en una ciudad del siglo XVII. La Catedral de San Esteban, en el centro de la ciudad, de estilo gótico y románico,

tiene una altísima torre central, en forma de aguja, que identifica a la ciudad. Iglesias y palacios forman un conjunto arquitectónico que se extiende por toda Viena. En oportunidad de visitarla me produjo esa impresión, y ante la pregunta del Prof. Frankl acerca de mi parecer sobre su ciudad natal, le comenté que toda la ciudad era un conjunto de obras de arte, un verdadero museo, a lo cual rápidamente me respondió «Sí... y yo formo parte de ese museo».

Retomemos su niñez y digamos que sus padres constituían una sólida estructura familiar. Su querido padre —Gabriel, originario de Moravia del Sur, quien había iniciado estudios de medicina que debió abandonar por dificultades económicas— durante diez años estuvo al servicio del Parlamento de la Monarquía austriaca y luego, cuando Frankl era pequeño, es decir la etapa más significativa para una persona, trabajaba en el Ministerio de Educación, donde era muy apreciada su tarea en lo que hoy denominaríamos una Secretaría de la Juventud, encargada de los problemas de los jóvenes austríacos. Eugenio Fizzotti relata una situación que marcó vivamente a Frankl en sus primeros años y él mismo la vincula a una inmensa sensación de paz y alegría interior que experimentó una mañana al despertarse: «mirando a su alrededor, vió con sorpresa que su padre, sentado junto a él, lo miraba con profunda serenidad» (2). Su madre Elsa, nacida en Praga, proveniente de la nobleza polaca, prestaba un sólido apoyo al grupo familiar compuesto por un hermano mayor, Walter, y una hermana menor, Estella, que actualmente vive en Australia y que fue la única sobreviviente junto con Viktor de los campos de concentración nazis. En conjunto con sus hermanos convivía en la calidez y la confianza que hoy sabemos son el clima propicio para

un desarrollo integral de la personalidad. Recordemos lo que él ha relatado con respecto a su formación, a través de una anécdota que sintetiza tanto el ambiente espiritual de una época como su postura frente a los conocimientos. A los doce años, estando en la escuela primaria, un profesor de Historia de la Naturaleza enseñaba a los alumnos que la vida de los organismos en general, incluso el hombre, al fin y al cabo no consistía en otra cosa que en un proceso de combustión y oxidación. Ello motivó que el niño Frankl expresara «Si es así, entonces ¿cuál es el sentido de la vida?»

A esa misma edad ya frecuentaba algunos filósofos como Wilhelm Oswald y Gustav Fechner. A los catorce años leía con avidez los textos de Freud. Relata que «un día llené algunas páginas en mi libro de apuntes con el título ambicioso 'Nosotros y el progreso mundial'. Estaba convencido que tanto en el macrocosmos como en el microcosmos existe un equilibrio. En mi obra «Arztliche Seelsorge» —traducida luego al español como «Psicoanálisis y existencialismo» N.del E.— regreso a estas ideas». Luego se interesó en psicología experimental y continúa diciendo: «Cada vez más mis obras y conferencias, dadas por mí en mi escuela secundaria fueron, de carácter psicoanalítico. Luego, empecé una comunicación epistolar con Freud. Le mandé notas basadas en mi extensa e interdisciplinaria lectura y de las cuales creía que le interesarían. El contestó rápidamente a cada carta. Desgraciadamente, cuando llegué al campo de concentración todas las cartas y tarjetas postales de Freud dirigidas a mí, que continuaron hasta mi graduación de la escuela secundaria, décadas después — junto con historias de casos de enfermos escritas por Freud— fueron confiscadas por la Gestapo.» (3)

Creo oportuno transcribir el primer encuentro que tuvo con Freud de manera casual relatado por el mismo Frankl. «Yo estaba caminando cerca de la Universidad y me dí cuenta que una persona caminaba delante de mí. Esta persona me recordó a Freud por las fotografías que había visto, pero pensé que esto sería imposible. Este hombre estaba desaliñado, su sombrero y su abrigo estaban muy desgastados. El no podía ser el gran Sigmund Freud, pensé. Llevaba un bastón negro con empuñadura de plata e iba golpeando el pavimento y moviendo su boca. El sufría de cierto tipo de cáncer en la mandíbula. Le seguí. Yo pensé, si este es realmente Freud, él ha de voltear la esquina para ir a Bergasse. Yo sabía su dirección por nuestra correspondencia. Dio vuelta en la esquina y me dirigí a él diciéndole. 'Oh, Dr. Freud', dije. 'Mi nombre es Viktor Frankl'. El me contestó, 'Oh, Viktor Frankl, Czerningasse Nº 6, interior 25, segundo Distrito de Viena'. (4)

Con posterioridad, pero aún transitando la escuela secundaria, participó en clases y cursos de filosofía, e incluso en horario nocturno tomó un Seminario «dado por Edgar Zilser. Con 16 años hice una exposición —nada más y nada menos que— sobre el sentido de la vida. Para ese momento ya había desarrollado mi teoría básica: que nosotros no estamos autorizados a preguntar qué es el sentido de la vida porque nosotros somos aquellos a quienes esta cuestión es dirigida....» Cuando hace un par de años leí por primera vez esta declaración de Frankl en «The International Forum for Logotherapy», me llamó la atención y en base a ello trabajé y expuse en distintos eventos de Logoterapia acerca del sentido y la identidad (ver bibliografía al final de este capítulo).

Cuando Frankl expresó a su padre que quería estudiar medicina, éste, conociendo los intereses humanistas y por la ciencia que desde siempre había manifestado su hijo, junto con su antiguo interés por la profesión médica, apoyó la propuesta con entusiasmo.

2. AMBIENTE SOCIO-ESPIRITUAL

Por lo que llevamos visto, el deseo de comprender el sentido de la vida es una precoz intuición de Frankl con la que se comprometió, tal vez más allá de lo que es habitual en la adolescencia. Sin embargo, ello no le impidió tomar parte activa en las cuestiones sociales y políticas de su tiempo, como tampoco tener amigos o relizar las actividades propias de la edad. Lo relata de la siguiente manera: «Como estudiante en la escuela secundaria durante algunos años fui funcionario de la organización de la Juventud Socialista Obrera y en 1924 durante algún tiempo el presidente activo de la organización de los estudiantes secundarios de Austria. Mis amigos y yo vagabundeábamos hasta tarde en las noches en el Prater (el enorme parque de diversiones, arbolado, cerca de donde Frankl vivía), discutiendo no únicamente sobre Marx y Lenin, sino también sobre Freud y Adler.» (5)

Junto a los intereses señalados, filosóficos y socio-políticos, ya desde temprana edad manifestó interés por un deporte por el que, al menos cuando lo visité en Viena en 1990, mantenía vivo su entusiasmo; entonces me comentó que estaban por filmar un

reportaje al respecto. Me refiero al alpinismo, que empezó a practicar desde muy joven; a los 19 años se consideraba «adicto» al mismo. Formó parte de la Asociación Austríaca de Alpinismo y lo practicó por espacio de más de 60 años. Llegó a ser «Guía Alpinista». Obtuvo medalla de premio que lucía orgulloso y que le fue quitada en el campo de concentración de Auschwitz. Relata Kálmár en el artículo ya citado, que en una entrevista que concedió le preguntaron cómo pudo sobrevivir a la internación en los campos de concentración, y Frankl respondió: «Tenía buena suerte. Pero también porque mi pasado fue más rico, tenía recursos espirituales que me ayudaron. Tuve una misión que cumplir: aconsejar a otros prisioneros. ¿Y sabe Usted qué existió siempre en mi fantasía? Que quiero vivir y un día de nuevo gozar el placer del alpinismo». Rica la respuesta, porque contiene el germen de lo que fue su primer libro a la salida de los campos «Un psicólogo en el campo de concentración», título original y con el cual se editó en Buenos Aires en 1955. Es el texto que nosotros conocemos como «El hombre en busca de sentido» y también la respuesta es rica porque contiene el ejemplo de la psicoterapia que realizaba y el uso de la fantasía para sobrevivir ante una situación límite.

Retornando a lo que ya constituía su preocupación principal, la psicología y la psiquiatría, a través de sus dos modelos, Freud y Adler, con sólo dieciocho años publicó un artículo en la sección juvenil de un periódico vienés, y a los diecinueve, como consecuencia de haberse carteadado con Freud, con temor y veneración le envía un artículo sobre la mímica de la afirmación y la negación, y para su sorpresa, un tiempo después, Freud lo publica en su Revista Internacional de Psicoanálisis. A partir de allí, y ya siendo

un recién ingresado estudiante de medicina, se aboca con seriedad al estudio de la psicología, en la misma Universidad que años antes lo había hecho el propio Freud. Relata Fizzotti que este era el sueño de muchos jóvenes vieneses de aquel entonces. Salvando el tiempo y la distancia, el modelo ha continuado seduciendo a muchos jóvenes en todo el mundo, y en nuestro medio de manera especial. Sin embargo, esta observación debe ser matizada; recordemos que en aquel entonces no existía la psicología como ciencia independiente, tal como sucede en la actualidad.

Durante la época de estudiante de medicina, aproximadamente entre 1924 y 1930, publicó distintos artículos en periódicos locales. También exponía ante estudiantes y trabajadores sobre temas vinculados a problemas que presentaba la juventud de la primera post-guerra, y continuaba profundizando en sus estudios de medicina en general y de psicología en particular y fue percibiendo los alcances pero también las limitaciones del psicoanálisis, por la visión reduccionista de la persona y por la rigidez de los conceptos que utilizaba. Ello hizo que se acercara al grupo de Adler, que en ese entonces, catorce años después de su separación de Freud, tenía suficiente prestigio en Austria. Relata así su encuentro con Adler: «Fui introducido a Alfred Adler en el Café Siller (el lugar de reunión de costumbre de los psiquiatras adlerianos; los freudianos se reunían regularmente en el café Arkaden) —y sin ninguna hesitación Adler aceptó el manuscrito de mi artículo: "Psychotherapie und Weltanschauung" (Psicoterapia y concepción del mundo). Fue publicado con rapidez sorprendente en la "Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie" (Revista Internacional de la Psicología Individual)». (6) Considero que este

acercamiento estuvo motivado tal vez porque Frankl se sintiera más cerca de quien desde siempre también se interesó por los problemas sociales.

Llama la atención que por ésta época, año 1926, haya utilizado por primera vez, frente a una audiencia académica, el término Logoterapia. En forma impresa recién a partir de 1938, en un artículo en que abordó «El problema espiritual en la psicoterapia», utilizó el vocablo Logoterapia para fundamentar su posición.

Por ese entonces Frankl trataba de compaginar sus estudios de medicina con el análisis de la problemática de la juventud de su tiempo, preocupación que lo llevó a fundar una revista desde la que promovía la creación de centros de atención para jóvenes con problemas psíquicos y morales. Los periódicos de la época publicaban noticias alarmantes de intentos de suicidio, fugas del hogar, depresiones, enfrentamientos de padres e hijos, que junto con su experiencia como consultor de la Cámara de trabajadores de la Educación, lo deciden a insistir en la necesidad de implementar una ayuda efectiva. Relata Fizzotti que «La adhesión de dos grandes investigadores adlerianos, Oswald Schwarz y Rudolf Allers, convencen más aún al joven Frankl de la bondad de su iniciativa, a pesar de las oposiciones que le llegaban de todas partes, y muy particularmente de H. Soffner, que encontraba el origen de las turbaciones juveniles, principalmente, en las privaciones sociales y económicas, y por consiguiente, prefería intervenciones sólidas en el campo de las estructuras organizativas, familiares y escolares. Sin embargo, la idea siguió adelante, y logró fundar el primer centro: el propio Frankl lo anuncia en su revista. La propaganda

la hicieron los mismos periódicos locales, mientras en las puertas de los colegios se pegaban carteles con las direcciones de los consultores (entre los que se encontraba el mismo Adler, además de Allers), las horas de consulta y su carácter gratuito»... «Los centros se situaron, con astucia, en los puntos de mayor necesidad, principalmente en las habitaciones privadas de los consultores, de tal modo que permitían un encuentro agradable y abierto, en un clima de confianza e intimidad. La táctica de situar los centros junto a los principales colegios, en la época de los finales de curso, en que siempre eran más frecuentes los casos de huídas o tentativas de suicidios, permitió resolver casos difíciles; y así, después del primer año de actividad, en Viena el porcentaje de suicidios es casi nulo». Concluimos esta etapa de la vida de Frankl, recién recibido de médico, con una noticia aparecida en un periódico en Austria, con fecha 13 de julio de 1931, que señalaba que no se habían registrado intentos de suicidio y expresaba que «La actividad de consulta y preparación escolar para jóvenes necesitados ha sido una feliz idea del Dr. Frankl, fundador y responsable directo del centro de consulta vienés» (7).

3. DECLARACION DE PRINCIPIOS DE 1927: BASES FORMALES DE LA LOGOTERAPIA

Frankl terminó sus estudios de medicina en 1930, a los veinticinco años, realizando sus primeros pasos en el Departamento

de Neurología de la Clínica de la Universidad de Viena, a la vez que trabajando en los centros de ayuda mencionados anteriormente, que luego, debido al éxito alcanzado, fueron implementados en Praga, Zurich, Berlin, Frankfurt y más tarde en Budapest, Yugoslavia, Polonia y Lituania.

Sin embargo, mientras realizaba estas actividades en las que crecía desde el punto de vista científico y del compromiso humano, continuó profundizando en la filosofía existencial que por entonces tenía vigencia en Europa. Más adelante veremos someramente parte de esta historia. Ahora sí digamos que es el tiempo en que comienza a disentir en algunos puntos con Adler, y al producirse la ruptura de éste con Schwarz y Allers, Frankl más proclive a una perspectiva humanista, toma partido por éstos herejes de la postura adleriana y es invitado por el propio Adler a retirarse de su sociedad. En realidad esta separación tenía un antecedente: en ocasión de celebrarse el III Congreso Internacional de Psicología Individual en Düsseldorf (Alemania) en 1926, Frankl expuso sobre el sentido de la neurosis como expresión y como medio que puede estar al servicio de una necesidad de búsqueda de sentido vital. Pero estas ideas no habían agradado a Adler, que tenía una perspectiva más concreta con respecto a las neurosis, como veremos más adelante. Frankl expresa las diferencias de la siguiente manera: «En cierto modo, usted comprenderá, Adler fue un gran hombre en muchos aspectos, pero él simplemente careció de lo que yo llamo el órgano receptivo para problemas filosóficos. Por ejemplo, a lo largo de mi vida yo luché con la pregunta de si la vida tenía o no sentido, en mi vida personal o para la vida de cualquier ser humano. Adler publicó un libro refe-

rente al significado de la vida, pero si usted lo lee cuidadosamente, usted encontrará que en ese excelente libro la verdadera pregunta del sentido de la vida ha sido respondida por adelantado. Esto significa que él presupuso desde el principio que la vida tiene un significado. La pregunta vino a su mente. Esto no es un defecto; tal vez el defecto está en aquellos que formulan la pregunta» (8). Estas diferencias de concepción acerca de la pregunta por el sentido y de la función de las neurosis, Frankl las tuvo presentes en un artículo que escribió en 1982 —nada menos que 56 años después— en el que dice que las diferencias subsisten dado que adlerianos modernos —menciona un texto de Titze de 1979— siguen sosteniendo que los síntomas neuróticos son siempre *arrangements*. En efecto, según podemos sintetizar de la propuesta adleriana, todos los fenómenos, síntomas, disfunciones, molestias, que aquejan a los neuróticos, son producidos por él mismo y tienen algún tipo de finalidad. Expresado en términos de la psicología individual, son *arrangements*, término francés que significa arreglo y que yo traduzco, tal vez más familiarmente «cómo cada uno se las puede arreglar» frente a determinadas situaciones de la vida, o cómo «esto me viene bien a mí»; en un lenguaje porteño lo podríamos denominar «arreglito conmigo mismo», a efectos de eludir tareas o responsabilidades. Podemos tener acceso a estas actitudes frente a la vida si logramos descubrir sobre qué valores el individuo organizó su concepción del mundo, o en lenguaje más adleriano cómo estructuró su «plan de vida».

Debemos rescatar que las observaciones realizadas por Frankl a los postulados etiológicos de las neurosis, no los invañdan sino

que por un lado los limitan y por otro son más bien una propuesta de ampliar los postulados de la psicología individual.

Por esta época Frankl había escrito un largo trabajo, alentado por R. Allers y O. Schwarz, con un elogioso y amplio prólogo de este último, en el que trataba, a lo largo de unas 100 páginas, sobre las relaciones entre la psicoterapia y la filosofía existencial. El mismo era el fruto de su experiencia humanística y científica junto a su interés en frecuentar filósofos existenciales, y abarcaba sistemáticamente cuatro grandes temas, que hasta la fecha siguen teniendo una total vigencia a la hora de juzgar acerca de los contenidos antropológicos de las distintas escuelas de psicoterapia. «El primero trata de la crítica filosófica a la teoría psiquiátrica de Freud. Frankl mantiene que el psicoanálisis se limita sólo al aspecto erótico del hombre, olvidando los elementos de significado y moralidad. Por el contrario, la psicoterapia debe inferir en la imagen del hombre psíquicamente enfermo una visión del hombre considerado como unidad corpóreo-psíquico-espiritual y, por consiguiente, un concepto más comprensivo y unitario.

El segundo aspecto se refiere a la actitud personal del terapeuta ante un determinado sistema filosófico. Es obvio que tal punto de partida no necesita rechazar la *Weltanschauung* de un individuo por el simple hecho de padecer una psicosis. "2+2=4, aunque lo afirme un sujeto que padezca parálisis progresiva", afirma Frankl. El terapeuta debe responder a las preguntas filosóficas que se le hagan con argumentos filosóficos.

El tercero se refiere a la relación entre el tratamiento psicoterapéutico y los valores. Si el fin principal de un psiquiatra es conducir al enfermo a un estadio de salud mental, se compren-

de fácilmente cómo tal concepto, en cuanto refleja un deber-ser, es un concepto de valor: entonces la psicoterapia debe hacer absolutamente una valoración, es decir, debe conocer los valores éticos, poniéndose al servicio de la ética. El hecho de que la neurosis radique últimamente en la esfera espiritual, quiere decir que está condicionada por una determinada posición hacia la vida, o sea, por una específica *Weltanschauung*, y, por consiguiente, la cura de la neurosis empeña al terapeuta con toda su preparación y formación filosófica. Pero esto no autoriza a ningún médico a influir en la concepción filosófica de sus pacientes: sólo se trata de educar al individuo para que perciba la propia responsabilidad. De esta manera, siendo el ser-responsable un concepto éticamente neutral, el hombre establecerá por sí mismo una jerarquía de valores sobre los que modelar la propia existencia futura.

El último aspecto se refiere a la necesidad de una educación en la responsabilidad, al final del tratamiento psicoterapéutico. El hombre dolorido necesita reconocer la propia y específica responsabilidad frente a las tareas singulares y específicas que debe realizar. Debe ver su posición única e individual en el mundo, y la misión que va íntimamente ligada a su personal existencia. La conciencia de una tarea específica que debe realizar, adquiere de este modo un valor enorme para la comprensión integral del ser-hombre y para superar las dificultades presentadas por las situaciones particulares.» (9)

Debido a la suspensión de la publicación que dirigía Frankl, al apartarse de Adler estos principios no fueron publicados sino recién en 1939 —es decir casi 12 años después de haber sido for-

mulados— en forma abreviada, con el título de «Psicoterapia y Filosofía» en la *Schweizerische Medizinische Wochenschrift*.

Para concluir este apartado, quisiera llamar la atención acerca de la afinidad de estos postulados tempranos de la Logoterapia con los expuestos en el Capítulo 13, vinculados con los postulados efectuados por Jaspers en su psicología comprensiva. Estos son motivos verdaderamente profundos que nos permiten hablar de una perspectiva integrada en psicología. Más sutil tal vez sea percibir en estas dos escuelas un acercamiento a lo que denominamos genéricamente la persona normal, una despatologización de la psicología. Vimos que para Frankl la neurosis también puede ser una forma de expresarse la personalidad, para Jaspers una reacción vivencial; luego, en ambos se rescata lo particular del ser humano.

4. IDEAS Y ACTIVIDADES PREVIAS Y DURANTE LA II GUERRA MUNDIAL

Refiriéndose a la Logoterapia, muchas veces he escuchado decir que esta escuela psicológica había nacido en los campos de concentración nazis. Mi opinión es que en realidad no fue tan así, sino que los campos de concentración, en todo caso, fueron el lugar donde se verificaron los postulados de la Logoterapia. En otros términos, podríamos decir que la situación de confinamiento fue el laboratorio donde se pusieron a prueba las tempranas propuestas franklianas.

Para ubicarnos en el tiempo, Frankl había terminado sus

estudios de medicina en la Universidad de Viena en 1930 y la Segunda Guerra Mundial dió comienzo el primer día de setiembre del año 1939. Pero como su deportación se produjo en setiembre de 1942, en este apartado veremos alrededor de doce años de la vida y obra de Viktor Frankl.

Se hace necesaria una muy breve incursión histórica a los efectos de captar la cruda realidad que le tocó vivir siendo un joven médico judío en Austria, que el 12 de marzo de 1938, tras varios años de problemas políticos, se vio invadida por las tropas de Hitler que la obligaron a anexarse a Alemania, y luego se vio arrastrada a participar en la II Guerra Mundial. Aunque cabe señalar que en realidad las hostilidades a los judíos habían comenzado años antes, por lo menos en Alemania, desde el año 1933. Al concluir la guerra, el 15 de agosto de 1945 —o sea que se extendió durante un lapso de 6 años— se restauró la República, pero quedó ocupada por los aliados hasta 1955 en que se firmó un tratado entre Austria y los aliados, que le devolvió la soberanía e independencia a aquella.

Para los lectores más jóvenes que tal vez no tengan mucha noción de la magnitud de esta II Guerra Mundial, creo oportuno recordar que murieron más de 50 millones de personas, fueron heridas 75 millones, se derrumbaron 3 millones de edificios y quedaron sin hogar o desplazados más de 50 millones de personas. En la contienda participaron casi 70 países, 25 de los cuales fueron invadidos por tropas enemigas. Con respecto a los problemas humanos y morales, no es posible hacer un balance. El broche de oro fueron las dos bombas atómicas que se tiraron en Japón, que en pocos segundos produjeron más de 100.000 muertos. Inmediatamente

se iniciaron negociaciones de paz, que culminaron en la fecha arriba indicada.

Retomemos a Frankl en sus comienzos como médico, y lo vemos en lo que hoy sería una Cátedra de Neurología de la Clínica de la Universidad de Viena, bajo la dirección del Profesor Otto Pözl, en la cual despliega una tarea de investigación y especialización, mediante las cuales obtiene, al cabo de seis años, el título de especialista en neuro-psiquiatría. A la vez continúa con sus tareas psicosociales ayudando a la juventud, y por otra parte profundizando e investigando en psiquiatría, fruto de lo cual son sus artículos sobre fenómenos en la esquizofrenia y «El problema espiritual en la psicoterapia». Como vemos, formación práctica y teórica en ámbitos variados le van otorgando una visión general de la psiquiatría, y acerca de su formación expresa: «finalmente trabajé durante cuatro años en el Hospital Psiquiátrico 'Steinhof' y allí fui director de la sección denominada 'Pabellón de suicidas femenino' que requirió mi colaboración. Durante ese tiempo cada año no menos de 3000 enfermas estuvieron bajo mi cuidado. Esto me ayudó a desarrollar mi capacidad diagnóstica. En 1937 abrí mi consultorio privado como especialista en neurología y psiquiatría». (10) A partir de 1940 se desempeñó como Director de la Clínica Neurológica del Rothschildspital de Viena, institución a la que accedían únicamente pacientes judíos.

Casi paralela a su trayectoria médica, se van tejiendo en su vida acontecimientos que van modelando su personalidad. La persecución a los judíos que señalamos en Alemania a partir de 1938 se instala en Austria, con arrestos masivos, destrucción de sinagogas, persecución de inocentes, que por el sólo hecho de ser ju-

díos, eran sometidos a un brutal tratamiento. Deportaciones a campos de concentración, confiscación de bienes, torturas, era el trato corriente a los miembros de la comunidad judía. Al referirnos a Jaspers en el capítulo anterior dijimos que figuraba en una lista de futuros deportados a campos de concentración, en el caso de Frankl esa posibilidad se concretó en una penosa realidad.

Ante esta auténtica situación límite, la impotencia y la angustia se hicieron presentes y cada uno trataba de salvarse como podía. La familia Frankl no era una excepción y en su crítica circunstancia pensaron en distintas alternativas. La hermana menor de Viktor, Estela, tal como dijimos más arriba, logró abandonar Viena y se exilió en Australia. Su hermano Walter y su mujer intentaron escapar a Italia pero fueron capturados por los alemanes y deportados al campo de concentración de Auschwitz, donde fueron muertos. El propio Viktor trató de obtener una visa para emigrar a Estados Unidos, mientras se desempeñaba al frente de la Clínica Neurológica, con la constante presión y vigilancia de la policía nazi. Su especialidad le permitió salvar algunas vidas de pacientes judíos, que por su enfermedad mental debían ser enviados a campos de concentración. También, a través de sus amistades en la profesión, logró algunas intervenciones favorables. Frankl lo relató así a Pareja Herrera: «Sí por supuesto, y con la ayuda de un miembro del partido nazi! Mi querido maestro Pötl, fue un nazi. Una vez yo tuve un paciente que sufría de un tumor cerebral y necesitaba ser operado. Tomé el teléfono y llamé al nazi Pötl. El tomó un taxi, dejó todas sus responsabilidades y vino al Hospital Judío (Rothschildspital), para ayudarme a diagnosticar la en-

fermedad de un Judío! El, en cambio, llamó al más grande cirujano del cerebro y dijo, "Tengo un paciente para usted. ¿Cuándo puede ser admitido en el hospital?" Después de que ellos le dijeron que pasado mañana, él añadió, "Por cierto, él es judío". Entonces el cirujano del cerebro no pudo negar su consentimiento. Los nazis estaban usando la eutanasia, como usted sabe, y todos y cada uno de los pacientes que eran vistos como incurables fueron enviados a las cámaras de gas. Aun los parientes, suegras, etc., de los funcionarios de alto rango del partido fueron enviados a las cámaras de gas. Y Pötl no pudo ayudarles. La única gente que pudo ser salvada fueron algunos judíos psicóticos porque ellos podían ser enviados al Asilo Judío de Ancianos. Siempre que ocurría un caso así, yo expedí un certificado falso. Por ejemplo, yo diagnosticué a un esquizofrénico como un caso de afasia. Después de todo, uno puede perder la facilidad para hablar después de una embolia. Y un caso de depresión suicida fue diagnosticado como un delirio producido por una infección febril. Pötl fue la persona que hizo esto posible. De esta manera judíos psicóticos fueron salvados de la eutanasia. Así pues usted comprenderá que si una persona fue nazi eso no significa necesariamente que tenga que ser culpable. Hay solamente dos razas de gente, los decentes y los indecentes y ellas se encuentran en cualquier grupo étnico o partido político. Lo que importa es la persona.» (11).

Resulta muy significativo este relato, dado que vemos en él un permanente y comprometido ejercicio de su sentimiento comunitario. Estos son los detalles que hacen a un compromiso existencial —vida y obra— y que habilitan a la Logoterapia, en la actualidad, para tenerla en cuenta como una herramienta válida

en el momento de pensar en una Psicología Comunitaria. Cuando Frankl rescata el valor de la persona por encima de los grupos étnicos o de los partidos políticos está abogando por una despolitización de la persona y una humanización de la política. Está rescatando lo individual por encima de las generalizaciones, tan perjudiciales para nuestra sociedad. Recordemos lo expresado al comenzar esta Tercera Parte, referido al principio de la singularidad humana. También lleva implícito el concepto de solidaridad, no declamada, sino actuada y propuesta como forma de convivencia y ayuda mutua, aún a riesgo de su propia existencia.

Recordemos que había solicitado una visa para abandonar Viena, trámite que le salió favorable, lo cual le produjo un fuerte conflicto moral. Su propio relato es el siguiente: «Traté de conseguir el visado para emigrar a los Estados Unidos. Finalmente lo conseguí. Era libre para marcharme, desarrollar y defender mi teoría. Mis padres estaban contentísimos y compartían conmigo la alegría de verme salvo en el extranjero. Sin embargo, no me decidí a utilizar el deseado pasaporte, pues sabía que al poco tiempo de marcharme mis ancianos padres serían deportados a cualquier campo de concentración. La duda me corroía...

En aquellos días tuve un sueño extraño, que aún hoy forma parte de las experiencias más profundas en el reino de los sueños. Soñé que una gran multitud de psicóticos y pacientes era formada para ser conducida a la cámara de gas. El sentimiento de compasión experimentado fue tan fuerte que decidí unirme a ellos. Pensaba que debía hacer algo: actuar en calidad de psicoterapeuta en un campo de concentración hubiese sido más significativo que ser

uno de los psiquiatras de Manhattan... Después de este sueño la duda aumentaba...

Una tarde, cubriéndome con la cartera la estrella amarilla que debíamos llevar en la chaqueta, me fui a la catedral. Había un concierto de órgano. Me dije que debía escuchar atentamente la música y tratar de reflexionar sobre el asunto en cuestión. "Relájate, Victor, estás muy distraído. Trata de meditar y contemplar, alejado del tumulto de Viena". Me preguntaba qué debía hacer: ¿sacrificar mi familia por amor de la causa a la que había dedicado mi vida, o sacrificar tal causa por amor de mis padres? Cuando se está en tal disyuntiva, se desea vivamente recibir una respuesta del cielo.

Dejé la catedral y volví a casa. Todo era normal. Vi sobre la radio un trozo de mármol y pregunté a mi padre qué era. El señor Frankl era un judío piadoso y había recogido aquella piedra de entre los escombros de la gran sinagoga; formaba parte de la Tabla que contenía los Diez Mandamientos y tenía una letra hebrea inscrita. Mi padre me explicó que aquella letra representaba la fórmula abreviada de uno de los mandamientos, concretamente el que dice: "Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar" (Exodo 20, 12). Bastó esto para que me decidiese a permanecer en Austria, dejando caducar el pasaporte americano». (12)

La avanzada edad de sus padres, los pacientes de la clínica, le señalaron el camino correcto frente a la lucha entre sus sentimientos opuestos. Es oportuno recordar que late también en la decisión que transcribimos, un alto grado de esperanza que pudo ver coronado por el éxito, si lo contemplamos desde el punto de

vista de la autotranscendencia, por cuanto su padre falleció en el ghetto al que fueron deportados, en Theresienstadt, que se encontraba al norte de Checoslovaquia, cerca de Praga. A los seis meses del arribo al mismo su padre enfermó y fue atendido por su hijo, muriendo en sus brazos el 13 de febrero de 1943. Recordemos también que el Mandamiento citado alude a la promesa que la honra a los padres «prolongará tus días sobre la tierra». Frankl cumplió el 26 de marzo 92 años.

Poco tiempo antes —diciembre de 1941— Viktor había contraído matrimonio con Tilly Grosser, con quien mantenía una relación afectiva desde hacía un tiempo. En setiembre de 1942 también fue transportada junto con su esposo y sus suegros al ghetto de Theresienstadt. En el mes de octubre de 1944 fueron trasladados Viktor y su esposa a Auschwitz, en Polonia, quedando en el campo sola su anciana madre. Al mes siguiente también fue derivada a Auschwitz, donde la mataron en la cámara de gas a los pocos días. Relata Fizzotti acerca de su esposa Tilly —de la cual no supo más nada después de llegar al campo— que «fue su compañera y apoyo en los pocos meses que vivieron juntos y después, en los años siguientes, la imagen que recuerda más a menudo en los largos ratos de soledad, entablando con ella silenciosos e íntimos diálogos afectuosos» (13).

Durante los dos largos años que pasó Frankl en el ghetto de Theresienstadt, todavía pudo en parte ocuparse de pacientes como médico y como psiquiatra, frente a epidemias de tífus o ejerciendo la psicoterapia cuando la situación lo requería. En esta reclusión logró cumplir relativamente con su sueño de ayuda a sus pacientes. Paradójicas esperanzas las de Frankl, asumidas a partir de

las preguntas que la vida se encargó de plantearle, ya desde su juventud.

El drama más terrible surge a partir de la llegada a Auschwitz, donde ya no es médico ni psiquiatra, sino el prisionero Nº 119.104 y trabaja como excavador de zanjas, es decir, es un preso más que duerme en el barracón helado, que debe soportar el maltrato de los guardias. De esta experiencia límite, surge su libro «Un psicólogo en el campo de concentración», texto que fue editado con ese nombre en nuestro país en el año 1955 y que actualmente conocemos como «El hombre en busca de sentido», denominación que surge de la traducción de la edición norteamericana de «Man's Search for Meaning», por más que la primera edición en alemán, del año 1946, se denominó «Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager». A esta obra remito al lector interesado en conocer los pormenores de la existencia en campos de concentración, de la cual no surge un relato sólo de penurias y lamentos, sino la mayor posibilidad humana de acceder al sentido a través del sufrimiento. De dicho texto rescatamos, que así como quedó destruída la dignidad humana al tratar al hombre sólo como un medio para fines económicos y como objeto de programaciones fanáticas, también pudo percibir actitudes de compañerismo, de bondad, de esperanza. Considero que esta es otra de las virtudes de Frankl, la de poder ver en las situaciones más negativas un rayo de luz. De allí el contenido de esperanza que anida en su Logoterapia. En el texto ya citado de Eugenio Fizzotti podemos leer y reflexionar, referido al sadismo de los guardias del Lager —denominación usada en alemán para referirse a los campos de concentración— acerca de conductas contradictorias que nos im-

piden juzgar en bloque a las personas; el propio Frankl razona así: «Es, pues, evidente que definir a un hombre como centinela o como preso no significa nada. Se puede encontrar bondad humana en todos los hombres, aún entre aquellos que se podrían condenar en bloque. Los límites se entrecruzan. No debemos juzgar a lo loco, considerando ángeles a unos y diablos a otros. Al contrario: permanecer humano de cara a los presos, siendo centinela, huyendo de la sugestión general de un Lager, es una verdadera conquista personal y ética, y no debemos olvidarla. Por otra parte, la bajeza de un preso que daña a sus compañeros de dolor es particularmente despreciable. Es evidente lo dolorosa que puede resultar para los otros prisioneros la falta de carácter de un hombre así, igual que aparece clara la profunda conmoción de un preso al recibir el más mínimo gesto humano de uno de los guardias. Recuerdo cómo un trabajador (que no era prisionero) me dio una vez a escondidas un trocito de pan —y sabía que se había privado de él en el desayuno—; recuerdo que este pan no era sólo algo material; aquel hombre —y me conmovió literalmente hasta las lágrimas— me daba algo humano; una palabra humana, una mirada humana acompañaban el don...» (14). Este insistir sobre la permanente posibilidad humana de decidir sus conductas es algo que atraviesa la teoría de la personalidad de la Logoterapia, desde sus aspectos básicos a sus más elaboradas teorías, a la vez que la diferencia de otras perspectivas psicológicas. Al respecto Frankl cita a Freud, quien expresó «trátese de exponer al hambre a un grupo de personas diversas y con el aumento de la necesidad apremiante de alimentos, todas las diferencias individuales se borrarán y, en su lugar, aparecerán las manifestaciones uniformes

de ese mismo instinto no gratificado» (Gesammelte Werke, Vol. V p. 209). Frankl observa que «lo que sucedió en realidad fue más bien lo contrario. En el campo de concentración la gente se volvió más diferenciada aún. Los cerdos se desenmascararon. Y también los santos. El hambre los descubrió. Ese hambre era el mismo en un caso y en otro. Sin embargo, la gente se diferencia...» (15)

En este orden de cosas, podemos recordar el caso de M. Kolbe, filósofo, teólogo y sacerdote polaco que los nazis deportaron dos veces a campos de concentración, muriendo en Auschwitz el 14 de agosto de 1941. Brevemente, su fama de santo se gestó en ocasión de haber sido condenado a muerte un preso, padre de familia, y ofrecerse Kolbe en su lugar para cumplir la condena por inanición. El castigo era como consecuencia de la fuga de un prisionero, y en ese caso debían morir diez en celdas en un sótano sin comida ni bebida. Cuando un oficial nazi le preguntó por qué tomaba tal decisión, le contestó «porque soy un sacerdote católico». Su muerte se produjo en la celda que en la actualidad es un lugar de peregrinación, dado que Juan Pablo II lo canonizó y proclamó martir católico en octubre del año 1982. En la ceremonia estuvo presente Francisco Gajowieczek, de 81 años, el ex prisionero por quien el Padre Kolbe ofreció su vida. Claro que también esto se puede interpretar desde el punto de vista del psicologismo como una forma de masoquismo larvado. Personalmente pienso que verdaderamente masoquismo es pensar que el ser humano no tenga la posibilidad de elegir sus conductas. Los ejemplos presentados nos muestran claramente que nuestras conductas también pueden no ser dictadas por las condiciones del medio, sino por

las decisiones que tomamos. Recordemos a la luz de estas experiencias, la definición de Jaspers: «el hombre es un ser decisivo».

Frankl ha sufrido mucho en los campos de prisioneros, pero es evidente que no se queda en el sufrimiento, sino en el sentido que pueda extraer de él. De allí el relato más arriba transcripto, que simboliza, aunque tal vez no sea lo corriente, la posibilidad oculta en toda situación para ennoblecerla o mejorarla.

El tema del sentido del sufrimiento en Frankl ha sido objeto de una constante reflexión en su vida, lo cual le permite captar el valor del mismo como elemento estructurante de la personalidad. Lo expresa de la siguiente manera: «Sufrir significa realizar esfuerzos y crecer. Pero también significa madurar. El hombre que se eleva sobre sí mismo avanza hacia su madurez. El verdadero trabajo del sufrimiento no es otra cosa que un proceso de maduración. La madurez, sin embargo, se basa en el hecho de que el hombre alcance una libertad interior, a pesar de su dependencia exterior. Pensemos tan sólo en una situación extrema, como es la del cautiverio o la del campo de concentración: en esta situación el hombre se encuentra en una dependencia extrema de condiciones que le han sido impuestas, de circunstancias que le han sido dictadas. Pero vemos que estas condiciones y circunstancias le hacen dependiente tan sólo en cuanto a su obra y a sus experiencias (¿qué obra había que realizar en el campo sino la de trabajar con la pala?, y ¿qué experiencias había que sufrir sino las de ser golpeado, pasar hambre y padecer frío?), pero le dejan libre en cuanto a su actitud, a su orientación «hacia» esta situación de

dependencia externa. Esto significa que el hombre es dependiente en cuanto a la realización de los valores creadores y experienciales, pero es libre respecto a la realización de valores de actitud; libre «de» todas las condiciones y circunstancias y libre «para» la superación interna de su destino, «para» el sufrimiento recto y erguido. Esta libertad no conoce condiciones, es una libertad «pase lo que pase» y hasta el último aliento» (16). Estas reflexiones se encuentran perfectamente concretadas en el ejemplo de Maximiliano Kolbe.

5. ASPECTOS ADLERIANOS DE LA LOGOTERAPIA. SIMILITUDES Y DIFERENCIAS

Retomando algunas ideas que fueron esbozadas en el Capítulo 9, Punto 2, dejamos de lado los aspectos históricos personales y nos acercamos a los aportes que contribuyen a la integración de la psicología de la personalidad, y también a algunos conceptos que continúan vigentes en la logoterapia.

Podemos decir que para Adler toda persona posee un sentimiento acerca de su personalidad, que es la consecuencia de una especie de balance más o menos claro, según la propia capacidad de reflexión de cada uno, acerca de su rendimiento y de sus posibilidades de lograr éxito en su lucha por la vida. Ello está teñido por las experiencias tempranas que ha tenido el niño —recordemos que para Adler el sentimiento de inferioridad es universal— dado que durante varios años debió confrontarse con los adultos

—padres, hermanos, familiares con quienes convivía— frente a los cuales estaba siempre en inferioridad de condiciones, a la vez que dependía de ellos.

Otro postulado de Adler es que todo ser humano busca mantener cierto prestigio entre sus familiares, amistades, grupo de trabajo. También se lo denomina sentimiento de poder. Se trata de un sentimiento que podemos calificar de positivo para la personalidad, dado que lo mantiene activo frente al medio en que se desenvuelve. Debemos tener en cuenta que estos sentimientos poseen cierto grado de antagonismo, dado que el sentimiento de inferioridad lo hace sentirse en déficit, y por otra parte la búsqueda de la consideración de su entorno le impone un determinado propio valer. Habitualmente, cuando se posee un sano sentimiento de vida, estas dos tendencias mantienen un equilibrio y la personalidad alcanza un desarrollo normal.

La dificultad surge cuando la inseguridad cumple un importante papel, el sentimiento de inferioridad inclina la balanza y se pierde el equilibrio psíquico, la personalidad reacciona de manera extraordinariamente sensible a todo lo relacionado con la debilidad personal, que llevan al individuo a establecer medidas de aseguramiento, de autoengaño, con el consiguiente empobrecimiento de su actividad afectiva y social. El plan de vida así trazado, ya en los primeros años, se mantiene luego e impide el normal desarrollo de la personalidad y surgen los distintos tipos, según vimos en el capítulo citado más arriba. En cambio si se mantiene el equilibrio, se acepta la sana dependencia del medio, se posee un moderado sentimiento de poder, la personalidad desarrolla un sano sentimiento de comunidad. Se hace evidente

en esta perspectiva, la estrecha relación que la persona guarda con el medio, la necesidad de vivir en una relación positiva con sus semejantes.

De esta forma obtenemos tres vectores que constituyen los dinamismos de la personalidad: sentimiento de inferioridad, necesidad de reconocimiento del medio social (que otorga cierto grado de poder) y sentimiento de comunidad. Gracias al interjuego de estos tres factores, la persona normal logra un nuevo equilibrio que le permite armonizar las tendencias de la individualidad con las relaciones sociales que el medio le exige y que ella necesita para lograr el desarrollo de su personalidad. Cabe destacar que esta forma de concebir el ser en el mundo conlleva una fuerte impronta psicosocial, que se ve incrementada si tenemos en cuenta que esta propuesta de Adler es del año 1920. Considero que es toda una novedad para esa época, a la vez que aún hoy se nos hace fenomenológicamente comprensible y su sentido social de la vida es válido para una Psicología Comunitaria. Incluso sus observaciones sobre el «estilo de vida» se constituyen en herramientas eficaces para una Educación de la Salud.

Podemos agregar, para cerrar un tanto este aporte adleriano, que es en base a esas tres coordenadas, al predominio de alguna de ellas, que nos permiten comprender, en cada caso particular, las distintas formas de comportarse la persona en los tres ámbitos en que, para Adler, transcurre la existencia: en el trabajo, en la amistad y en el amor.

Si pensamos esta propuesta vemos una diferencia importante con la psicología que la precedió, el psicoanálisis, dado que incorpora tanto lo social como una finalidad psíquica en lugar de

una causalidad psíquica. Por ello es que se considera que la psicología individual es teleológica. Pero de todas formas no deja de ser intrapsíquica dado que utiliza el medio social para superar sus propios sentimientos de inferioridad.

Tal vez sea útil para comprender esta evolución de la psicología de la que estamos tratando, decir que en la actualidad no se reprimen los impulsos sexuales como en la época en que Freud elaboró sus teorías, ni las personas están tan acosadas por sus sentimientos de inferioridad, sino que la sensación de falta de sentido, un sentimiento de vacío, que Frankl califica como «vacío existencial», es la problemática que ha cobrado vigencia en nuestro tiempo. Siguiendo este correlato cronológico, recordemos que Frankl publicó su primer trabajo en la Revista Internacional de Psicoanálisis de S. Freud en 1925; en la Revista Internacional de Psicología Individual de A. Adler en 1926 y su primer trabajo que presentaba su propia escuela, la Logoterapia, en 1938, tal como expresé anteriormente.

Después de lo expresado en capítulos anteriores, estamos en condiciones de proponer esta triple integración de Psicología Individual, Psicología Comprensiva y Logoterapia. Podríamos decir que las tres forman parte de lo que se denomina Psicología Existencial. El caso de Adler tal vez sea el más difícil de asimilar a este movimiento psicológico y filosófico a la vez, pero no tanto por el contenido de sus propuestas, que es netamente existencial, *avant la lettre*, sino por el lenguaje que utiliza. Bástenos recordar que ya en 1910, cuando se realizó el Congreso de Psicoanálisis en Nuremberg (Alemania), manifestó su descontento porque las instrucciones de Freud sobre los fines de

la Asociación Psicoanalítica Internacional contenían una censura y restringían la libertad. Así mismo, cuando en 1912 se separó definitivamente de Freud con un grupo de disidentes, fundó una sociedad que denominó Asociación de Psicoanálisis Libre, como protesta por la intolerancia freudiana. Dicha escuela luego tomó el nombre de Psicología Individual, que no quiere decir psicología del hombre aislado, sino que su intención era llamarla Psicología de la Personalidad, pero en ese tiempo W. Stern utilizaba esa denominación y se decidió por Psicología del Individuo, con la impronta de totalidad.

Ahora que hemos avanzado un poco más en los conceptos adlerianos y franklianos, estamos en condiciones de marcar similitudes y diferencias entre estas dos escuelas psicológicas que se encuentran muy juntas en sus orígenes. Frankl incluso llegó a obtener el diploma de Psicólogo Individual. Sin embargo, en 1927, Frankl fue excluido de la Sociedad de Psicólogos Individuales, lo cual le produjo un duro golpe, según él mismo lo expresara en un artículo escrito en 1982 (17).

En este seguir la historia de la psicología moderna, expresa Frankl «que el psicoanálisis y la psicología individual no sólo se complementan mutuamente: la psicología individual significa un progreso. Y, sin embargo, en su comprensión del hombre, ella todavía no incluye (o por lo menos no de forma clara) lo específico humano como tal, como algo específico, como una dimensión *sui generis*». Con ello alude Frankl a que la Psicología Individual no incluye «la autotranscendencia radical y en especial su aspecto teórico motivacional, es decir, la orientación fundamental del hombre hacia el sentido.» (18).